

LA COMPASIÓN POR ENCIMA DE PRINCIPIOS Y PREJUICIOS

Es natural y lógico que la Iglesia esté siempre interesada en mantener unos ciertos principios doctrinales irrenunciables. Es lo propio de cualquier persona o institución que se precie a sí misma, que esté reconciliada con sus orígenes y su historia y goce de identidad definida. La fidelidad a los principios que originan una organización es condición de su permanencia en el tiempo y del cumplimiento de su misión en el mundo.

Lo dicho vale siempre, pero más aún en tiempos en que valores humanos fundamentales se tambalean. En época de relativismo, en que todo vale, alguien – aunque sea a costa de su popularidad- debe recordarnos que no todo tiene el mismo valor, que no es lo mismo proceder bien que mal, que la vida misma tiene unas exigencias y, por ello, los humanos no sólo somos sujetos de derechos sino también de deberes.

Siendo esto verdad, el Evangelio del domingo próximo nos presenta un caso curioso. No siempre hay que hacer caso a los principios. Jesús establece uno muy claro: “no he venido a sanar sino a las ovejas descarriadas del pueblo de Israel”, para, a continuación, contradecirlo. Y esto porque su compasión termina venciendo a los principios e incluso a los prejuicios raciales, antes manifestados. Jesús cura a la hija de una mujer a la que, en el diálogo previo, dice que no quiere saber nada de ella.

Encontrada la fe, nada puede impedir que toda la fuerza de la salvación recaiga sobre el creyente. Este es el modo de proceder de Jesús y el que ha de seguir la comunidad cristiana en los tiempos de San Mateo y siempre. Hay que buscar entre los gentiles a los que son capaces de fe y hacerlos beneficiarios de los dones mesiánicos.

Lo contrario de nuestro comportamiento habitual. Quizá muchas instituciones de nuestra Iglesia están agotadas. Pero nos aferramos a nuestros “principios”. Ante la grave crisis de nuestras comunidades (deserción de los jóvenes, escasez de vocaciones, cuestionamiento de la moralidad predicada por la jerarquía, sobre todo en materia sexual...), algunos piensan que la solución está en apretar las filas en torno a los principios, las verdades absolutas, la obediencia, el culto tradicional... En esas andamos. Mientras tanto, no le nacen nuevos hijos al mundo y no ofrecemos salvación.

En el Evangelio de la Cananea que leeremos el domingo, Jesús superados sus escrúpulos doctrinales y prejuicios raciales, termina por ofrecer lo que se le pide: compasión y sanación. ¿No es esto lo que tiene que ofrecer la Iglesia hoy?

Dicho todo más breve y sencillamente. Todos estamos sometidos a leyes, principios y criterios. Pero el supremo de todos ellos es la misericordia y la compasión. Ante la necesidad humana que puede ser socorrida, ceden todos los demás principios. Lo primero es ayudar a nuestros semejantes en lo posible y lo imposible.

JOSÉ MARÍA YAGÜE